

“LA OBRA DE ESPAÑA EN FILIPINAS” EN LA REVISTA GENERAL DE MARINA

M.ª Isabel PIQUERAS VILLALDEA

Investigando la Revista General de Marina encontramos unos veinte artículos dedicados a Filipinas, aunque, entre todos ellos, sólo hay dos que traten en concreto de la *política civilizadora de España en Filipinas*. A ambos escritos me referiré más detenidamente en esta comunicación. Hay como ocho artículos dedicados a la *organización y desarrollo del servicio de Marina en Filipinas*, seis que abordan el estudio de los *temporales* (los baguios eran un tema que siempre preocupaba a las autoridades, por los muertos que ocasionaban, los hundimientos de barcos, destrozos de cosechas, etc...). Los marinos están preocupados por la frecuencia de estos desastres y por el hecho de que no se prevengan, pudiendo hacerlo. Y esta preocupación se refleja en los siguientes autores dentro de la Revista: F. Benavente (1880/07:7) y (1882/08:11), M. Villavicencio (1880/02:6) y F. Faura (1883/03:12). Villavicencio es el más explícito de todos ellos y el que desarrolla una larga y preciosa descripción acerca de las señales precursoras, como son el anticiclón, el tinte rojizo que toma el cielo al salir o ponerse el sol, o la aparición de los rabos de gallo o cirro-stratus uniformes (el punto del horizonte donde convergen los rabos de gallo marca la dirección en que se halla el vértice del huracán).

En 1946, coincidiendo con la independencia de Filipinas, se publica un artículo sobre la *exposición cartográfica de Filipinas*. En ella se recogen fondos que, sobre todo, interesan a la Marina: cartas náuticas de los siglos XVI, XVII y XVIII; del s. XVIII es la cartografía realizada por las corbetas “Atrevida” y “Descubierta” en 1792, que fue la que dio muchos datos sobre las costas filipinas. La labor cartográfica del s. XIX en Filipinas es fundamentalmente del territorio interior, refiriéndose a operaciones contra los indios de las montañas de Luzón o los moros de Mindanao y, más tarde, contra los rebeldes filipinos, por eso no se refleja en esta exposición. También aparecen en la Revista referencias a los tormentosos *viajes a Filipinas*, incluso después de estar abierto el canal de Suez en 1869, prueba de ello es el artículo titulado “Una información: viaje a Filipinas a finales del s. XIX”, que narra todas las peripecias del viaje efectuado por Manuel Walls en 1882 (se estropean los barcos, hay peleas entre los maquinistas ingleses y los españoles, no se resiste el clima atroz, tienen que parar en la Península arábiga en puntos donde hay cólera declarado, etc...). No es de extrañar la difícil situación de las comunicaciones con España y que, como dice Moret, exista “un completo desconocimiento de todo lo que al Archipiélago Filipino se refiere; ignorancia que domina no sólo a la opinión pública, sino en las regiones

oficiales, y que llega a tal punto de ser más conocido en el extranjero que en nuestro propio país (...) Esta ignorancia ha producido de una parte la indiferencia y falta de iniciativa en el Gobierno”.

La mayor parte de la temática filipina tratada en la Revista General de Marina se refiere a cuestiones marítimas, puramente técnicas o de organización del servicio de Marina en aquellas islas. Este enfoque es muy lógico tratándose de una revista de estas características y por eso es curioso encontrar dos interesantísimos estudios históricos. Ambos artículos están escritos en la misma época —julio y agosto de 1935— y son una crítica a la conferencia del profesor italiano Roberto Almagia, publicada en mayo del 35 en la “Revista Marítima”. Esa conferencia, pronunciada ante oficiales y alumnos de la Marina italiana, desarrollaba el siguiente tema: “problemas geográfico políticos del océano Pacífico”. Tema, por otra parte, tratado con una enorme falta de rigor histórico científico, que le llevó a decir las palabras que a continuación transcribo: “En las Filipinas, que los Estados Unidos recibieron de España, país riquísimo pero explotado irracionalmente y por procedimientos anticuados, habitado por una población ignorante, turbulenta, culturalmente atrasada, país cerrado a iniciativas extranjeras, supieron llevar a cabo (los EE.UU.) una transformación pasmosa, que puede dar lugar a consecuencias inesperadas”.

Esa falsa valoración de la obra que hicieron los Estados Unidos frente a España motiva la publicación, en 1935, de los artículos titulados “*La obra de España en Filipinas*”, de Adelina Gurrea, y “*Quien civilizó Filipinas fue España*”, de Julio Palacios (1935/07: 117 y 1935/08: 117). Conviene tener en cuenta la exaltación del sentimiento nacionalista y religioso que había en España por esas fechas y dentro del cual se enmarca la publicación. Los dos autores son personajes muy cultos y bien formados, históricamente hablando: Adelina Gurrea es una periodista filipina y vive en su país de origen y, Julio Palacios es profesor universitario. Su condición erudita se manifiesta en sus artículos, que están llenos de acertadas referencias al pasado histórico, donde también aparecen muchas citas textuales indicando su exacta procedencia. Mientras la periodista filipina se limita a hacer una crítica histórica sin apenas ninguna valoración personal, el profesor español emite continuamente comentarios personales algo exaltados y escribe de manera bastante retórica. Pero esto son simples alusiones a la manera de escribir, ya que el contenido histórico es bastante bueno en los dos.

Los dos coinciden en afirmar que el problema radica en el total desconocimiento de la realidad del país filipino y de su historia (“las mencionadas apreciaciones son simplemente la consecuencia de un error informativo, nada extraño tratándose de un país cuya historia es casi desconocida”, dice Gurrea, y Palacios afirma que “es indudable que el Sr. Almagia desconoce por completo todo cuanto se relaciona con aquel hermoso archipiélago, de otro modo no se comprende cómo puede hacer de buena fe tan inexactas afirmaciones”).

La tesis de fondo acatada por ambos autores —y muy de acuerdo con el

XV
14

REVISTA GENERAL DE MARINA



AÑO LV

SEPTIEMBRE. 1932

PUBLICADA POR EL SERVICIO HISTÓRICO DEL
ESTADO MAYOR DE LA ARMADA

espíritu militar de esta revista— es reconocer y exaltar el esfuerzo español hecho en Filipinas, la bondad de corazón de aquellos hombres, su religiosidad y valentía. La verdad es que no se entiende cómo un puñado de hombres pudo hacer todo lo que hizo, a pesar de las distancias, la falta de medios, el diferente clima y territorio que iba diezmando la población española. Sólo se puede entender atendiendo a la religiosidad de esos hombres, que les impulsaba a actuar así. Gurrea y Palacios continúan su exposición apreciando los valores espirituales inculcados a las islas y reconocen que sí se llevó a cabo una verdadera labor civilizadora en Filipinas. Muestra de ello es la cantidad de escuelas, hospitales y edificios públicos creados para los indios; el abundante arte y literatura filipinos; la creación de pueblos donde a los indios se les respetaban sus libertades y derechos civiles, etc... Creen que todos estos valores espirituales y culturales elevan la dignidad del hombre y son más importantes que el mero desarrollo económico de las islas. El ideal de España era conservar y civilizar las razas nativas, en vez de establecer factorías comerciales lucrativas, en las cuales los naturales resultasen fácilmente explotados. Esa preocupación por la gente de otras razas, que no tenían los países anglosajones ni Holanda, le venía a España de su convivencia durante muchos siglos con pueblos extranjeros. La periodista Adelina Gurrea realiza una importante afirmación, basada en actitudes históricas comparativas con el resto del SE asiático y dice así: “Las Filipinas fueron el único grupo de las Indias del Este que progresaron en su civilización durante los tres siglos que siguieron a su descubrimiento”. Y tiene toda la razón, pues, por ejemplo, si la comparáramos con el caso holandés en Indonesia veríamos que la situación es muy diferente.

Julio Palacios utiliza los mismos argumentos que Gurrea respecto al progreso y avances en logros civilizadores, pero se detiene más en el punto económico y hace una fuerte crítica a los Estados Unidos. En el tema de las comunicaciones Filipinas sigue siendo un país sin carreteras, y han hecho más los españoles o los japoneses (éstos en sólo dos años) que los EE.UU. en treinta o cuarenta. Y el ferrocarril de Luzón fue construido por España, e incluso las pequeñas prolongaciones que después se han hecho siguen el trazado que dejó España. Los norteamericanos han destrozado la economía natural filipina: durante la dominación española no había centrales azucareras porque el mercado único del azúcar filipino eran China y Japón, que no compraban azúcar centrifugado debido a las cargas aduaneras que se encargaban. Al llegar los americanos el país se llenó de centrales, se abusó de los abonos, la producción aumentó, pero se abarataron los precios y, cuando más tarde se restringió en los EE.UU. el azúcar filipino, se tuvieron que quemar campos de caña que no puede ser molida por carecer de merluzo. Termina Palacios su artículo con documentos de personalidades filipinas que hablan muy bien de España pero, salvo el discurso de Aguinaldo, discursos sacados de los actos de protocolo que le hicieron a Palacios durante su estancia en Filipinas y por eso, debido a su carácter diplomático, que puntualizar mucho su contenido.